

SE ESTRENO "AMOR SIN PASAPORTE", JUGUETE COMICO, DE ALVARO DE LAIGLESIA



Alvaro de Laiglesia

Alvaro de Laiglesia nos dio anoche en el Comedia una demostración elocuente de su fecunda imaginación con el estreno de "Amor sin pasaporte", juguete cómico, del que había anticipado en su autocrítica, publicada en estas columnas, una ligera idea de su contenido, exponiendo la finalidad de la obra: divertir, entretener, solazar al espectador, en risa franca y amable sin otras pretensiones. El estreno de una obra teatral es una incógnita que despeja el público. Alvaro de Laiglesia se recogió modestamente en su autocrítica, esperando el fallo del respetable.

Y éste fué en extremo favorable, venciendo los prejuicios de no pocos que creyeron hallarse ante una nueva edición de la famosa "Codorniz" vivita y volando, ahora que no es tiempo de veda. De ahí nuestra sorpresa al ver al señor De Laiglesia, que sin abdicar de sus principios codornicescos totalmente, se nos mostró en "Amor sin pasaporte" un comediógrafo de cuerpo entero. La obra brilla por su teatralidad y buena técnica constructiva, considerada, claro es, como juguete cómico, denominación que le da el autor, lo cual dispensa de algunas imperfecciones, que en rigor hallaríamos, sin que ello deduzca los efectos que se persiguen: presentar una obra digna, bien articulada, dentro de las inverosimilitudes del teatro cómico, que son casi una exigencia, limpia de retorcimientos y chabacanerías y sumamente agradable, con su anécdota argumental, si bien conocida en el teatro, revestida de novedad en feliz consorcio de recursos escénicos, manejados hábilmente.

Las andanzas pecaminosas de un acaudalado banquero padre de familia, sorprendido en una cena íntima en casa de una bailarina por el novio de ésta, que resulta ser empleado del Banco del que "Don Anselmo" — el

banquero aludido — es director, y la presencia en la cocina de "Juliska", húngara refugiada, a quien la cocinera y el portero de la casa protegen en su desdichado éxodo, dan lugar a una serie de enredos, equívocos y situaciones en extremo hilarantes, que no cesan hasta el final. Este es el arranque del juguete, en un primer acto de muy lograda exposición, cuyo interés apunta en la primera escena y no decae un solo instante hasta el desenlace, mérito éste sobresaliente en la obra. El segundo acto, dividido en tres cuadros, discurre suave, con lo necesario para ir complicando la fábula y preparando con acertado sentido escénico el desenlace, en un tercer acto magnífico, que aun adivinado por el espectador de antemano, ofrece el mayor interés, como interesantes son los dos actos anteriores.

No menos lucimiento tiene el diálogo. El autor se ha esmerado en corrección, ajuste y medida, con pulcritud, finura y cierta elegancia, deslizándose veladamente algunas frases estilo codorniz, de buena ley. Y en el argumento, escenas, acción y diálogo, brillan espléndidos, con luz propia, el talento, el ingenio y la gracia chispeante de Alvaro de Laiglesia, quien, aparte de las buenas cualidades señaladas, ha confeccionado un excelente traje a medida para la magnífica actriz Lili Murati, que lo viste y lo luce a maravilla, con sin igual gracia, donaire y un alarde de arrolladora simpatía, constituyendo la nota dominante del estreno. "Juliska", la refugiada húngara, halló en Lili Murati la expresión fina de la realidad en sus reacciones vivas, sentidas, como nativa de aquella nación, matizadas con verdadero arte y ofrecidas en su propia salsa.

Los primeros actores Luis García Ortega, en el papel de banquero, y Paco Muñoz realizaron una labor meritísima, cumplida. Y prestaron muy buena y eficaz colaboración Carmen Alonso de los Ríos, Rosalía Abollo, Juanita Espí, Maida Monterrey, Alicia Hermida, Felipe Valdés, Antonio Ceballos y Antonio Colinos.

Los tres actos los subrayó el numeroso público que asistió al estreno